



PRIMAVERA MEXICANA:
LA PRIMERA
REVOLUCIÓN
JUVENIL

SIN TÍTULO (DETALLE EN MONOTONO) / FOTOGRAFÍA ANALÓGICA

✎ **MARCOS DANIEL ACUILAR**

¿POR QUÉ UNOS JÓVENES, HIJOS DE POLÍTICOS Y EMPRESARIOS, EDUCADOS EN UNA ESCUELA DE ÉLITE, COMENZARON A QUEJARSE POR LA REALIDAD QUE LES ESTABA TOCANDO VIVIR? ¿POR QUÉ ESTOS VEINTEAÑEROS SALIERON UNA TARDE A LAS CALLES PARA EXIGIR LIBERTAD DE EXPRESIÓN, A GRITAR POR UNA TRANSFORMACIÓN DE LA CULTURA EN MÉXICO, POR UNA VIDA MÁS DEMOCRÁTICA, SIN LOS IMPEDIMENTOS QUE LES IMPONÍAN LAS MISMAS ÉLITES QUE LOS ESTABAN EDUCANDO?

¿Por qué? Porque estos jóvenes estaban hartos de sus mayores, de sus padres, sus maestros, la clase política en el poder, que les fijaban rutas intelectuales a seguir.

Es decir, salieron a las calles porque ellos no tenían el poder civil de tomar sus propias decisiones. La educación en México, regida por un modelo económico y político que sólo fijaba estructuras cuadradas para que los egresados reprodujeran los mismos esquemas para incorporarse al sistema, les quitó su libertad. Estos estudiantes se sentían agobiados, atrapados en un círculo en donde las libertades, las igualdades y la pluralidad de ideas no tenían significado. Por eso salieron, por eso tomaron las plazas públicas, los salones y diversos recintos de la Ciudad de México. Comenzaron una tarde con una protesta en donde dijeron: “Viva la juventud mexicana”.

La escena podría parecerse a las recientes protestas de jóvenes en México y en otras partes del mundo, pero en esta ocasión me refiero a una Primavera mexicana que ocurrió hace exactamente 105 años. Los protagonistas de esta revolución social fueron los alumnos de la Escuela Nacional Preparatoria, y sus principales voceros llegaron a ser las máximas figuras de la inteligencia de este país: Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José Vasconcelos.

Tal vez ellos no tuvieron presente el alcance que sus acciones juveniles provocarían en la estructura educativa y cultural de México, tal vez su utopía de transformación para llegar a la democracia, para tener una cultura universal y una educación plural y abierta no se concretó del todo, o simplemente se sintieron frustrados. Pero a la distancia, a más de 100 años del comienzo de este movimiento, podemos ver que sus alcances tuvieron efectos, y en gran medida, todos somos producto de esa primera gran explosión que poco a poco se desvanece ante el avance de gobiernos intolerantes, del utilitarismo, del individualismo, y por el modelo económico que cada vez es más feroz.

Por ello es necesario recordar el pasado y saber que en algún momento de la historia tuvimos a personas que supieron que la solución ante la opresión estaba en poner en el centro de todas las discusiones al individuo, y sobre todo, a la esencia y necesidades

HENRÍQUEZ UREÑA SABÍA QUE NADA TENÍA SENTIDO SI LAS REFLEXIONES INTELECTUALES NO SE DIALOGABAN CON LOS OTROS PARA DESPUÉS PONERLAS EN PRÁCTICA EN LA SOCIEDAD.

vitales del ser humano. Uno de los personajes más olvidados de esta etapa, a quien México le debe un reconocimiento especial, es el mexicano por adopción, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, quien trajo a la capital de México, desde 1907, una nueva forma de pensamiento estético, intelectual e incluso moral que logró permear entre sus compañeros (Ateneo de la Juventud) una novedosa visión de estudio, de crítica y de acción ante las adversidades de la vida.

Pedro, el mesurado pero lúcido Pedro, trajo un abanico de posibilidades para adquirir todo tipo de conocimiento. Henríquez Ureña sabía que nada tenía sentido si las reflexiones intelectuales no se dialogaban con los otros para después ponerlas en práctica en la sociedad. El dominicano midió con su pulso el ambiente que en el mundo y América Latina se estaba generando. Un mundo que a finales del siglo XIX estaba invadido de pesimismo, de apatías ante la realidad y de discursos y literaturas vacías de ideas, superficiales o abstractas que sólo entendían algunos poetas, los académicos y científicos. Un ambiente, por cierto, no muy diferente al que vivimos en este siglo XXI, así lo ha expresado recientemente el premio Nobel de literatura Mario Vargas Llosa en su libro *La civilización del espectáculo*.

Hernández Ureña desde su caribeña isla y desde Nueva York comenzó a interesarse por las nuevas expresiones artísticas y disciplinas que estaban surgiendo en el mundo. Ahí halló a escritores, filósofos, psicólogos y sociólogos que estaban hartos de ese estatismo intelectual y que, en cambio, reflexionaron sobre el bienestar del individuo y sobre la evolución de éste en la colectividad. Halló por ejemplo en Oscar Wilde y en Gabriele D'Annunzio a escritores con una calidad inmensamente expresiva pero aún concentrada en los sentimientos individuales. Pero

en contraparte encontró a maestros como Bernard Shaw que a través de ensayos y obras de teatro estaba armando una nueva forma de escritura en donde la recuperación del hombre contemporáneo era el foco de sus preocupaciones, así como de sus sentimientos, sus pensamientos, sus diversos caminos culturales, políticos y económicos en un contexto determinado.

Era la reflexión de la realidad del drama humano que estaba siendo explorado nuevamente tras décadas o siglos de abandono. Pedro también escuchó este drama en la música de Strauss y sobre todo, con una voz fresca, pujante y con memoria histórica, en las letras del uruguayo José Enrique Rodó, quien en su obra *Ariel*, editada en 1900, expresó que el futuro de América estaba en los jóvenes, quienes con su esperanza e inteligencia y conocimiento del pasado y presente tenían la misión de cambiar el rumbo de la humanidad.

Henríquez lo entendió tan bien que puso en práctica en México estas motivaciones que para nada fueron vanas. Como ya lo había hecho en República Dominicana, Pedro estableció al lado de Antonio Caso un grupo de estudios con adolescentes de la preparatoria que comenzaron a leer y a compartir a autores que sus maestros positivistas no les enseñaban. Friedrich Nietzsche fue clave en este proceso, William James fue otro, Enrique Lloria, Eugenio María de Hostos, sin dejar al lado los clásicos de la literatura universal. Todos estaban ahí, una gama pintada de diversas tonalidades e ideas que fascinaron a estos jóvenes a quienes la educación basada sólo en el método científico los tenía hartos.

Este grupo, entonces, decidió tener mucho más presencia en la sociedad mexicana, pues quería intervenir y tomar sus propias decisiones sobre la educación, la expresión y acción pública. Por ello, hace 105 años fundaron la Sociedad de Conferencias (1907), mismo año en que todos ellos salieron a las calles y tomaron la Alameda Central para protestar contra otro grupo de anquilosados poetas quienes criticaron la obra de Manuel Gutiérrez Nájera. Este hecho que era sólo artístico los catapultó hacia un hecho cívico que no los pudo detener, y además, evidenció las fisuras de la sociedad gobernada por Porfirio Díaz.

Antes del comienzo de la Revolución mexicana, este grupo, cuyo líder espiritual era Pedro Henríquez

Ureña, realizó un golpe certero para aniquilar al modelo positivista, cuando organizaron un homenaje al que impulsó este rígido sistema educativo: Gabino Barreda; pero fueron inteligentes, pues a su homenaje no invitaron a ningún científico. Esto fue un grito de advertencia: “ya no los queremos más aquí, desde hoy nosotros decidimos cómo estudiar y cómo trabajar intelectualmente”.

Sin verdades absolutas, pensando en las necesidades del ser humano y reflexionando sobre su posición en diversas realidades, estos muchachos, años después, estuvieron convencidos de sacar el conocimiento de las instituciones oficiales. Es por ello que pugnaban por la inteligencia, pero una inteligencia no vista como un acto de soberbia o presunción, sino como una condición a la que todos los individuos tienen derecho para alcanzar así la libertad: se trata de la libertad de información, de saberes sobre la *cosa pública*, así que deciden crear la Universidad Popular, pública y gratuita. Otro de sus objetivos era la pluralidad para alcanzar estos conocimientos y valores a través de la libertad de cátedra, por lo que fundan la Escuela de Altos Estudios, hoy Facultad de Filosofía y Letras. Y si seguimos en la lista de lo que crearon a la postre estos hombres, podemos mencionar la Secretaría de Educación Pública, El Colegio de México, y un largo etcétera que han constituido las instituciones de educación que aún tiene este país y que desde entonces no se ha renovado.

¿Cómo veían la cultura estos jovencitos? La cultura para ellos era todo lo que hace a un ser un ser social, un ser con interés político y cívico, con interés en su economía. Son humanistas porque pensaban que ninguna de estas esferas públicas debía dejar de lado los derechos humanos, como lo habían hecho

las diversas dictaduras en todo el continente. Eran escritores morales porque urgían a la necesidad de alcanzar la felicidad a través de la justicia y la ética, la responsabilidad; pero también eran hombres que sabían que esto no se realizaría si no se tomaban en cuenta las emociones y expresiones naturales del individuo, esto se manifestó en su profunda necesidad de cultivar el arte.

¿Qué logró el dominicano en México? Logró instaurar, de una vez por todas, los ideales del arielismo. Logró reunir y conciliar a esa juventud dispersa para darle no sólo forma —porque la forma puede ser hueca también— sino dotarla de fondo para defenderse ante las adversidades de esa cultural y esa política que ya no deseaban obedecer. Logró impulsar la carrera de Antonio Caso que transformó la educación media y superior en nuestro país. Ayudó en cierta medida a motivar y guiar a José Vasconcelos en su

ascendente carrera política y filosófica que también cambió la educación, para llevar este modelo a muchos rincones de América Latina. Y sobre todo, fue el amigo entrañable y asesor de Alfonso Reyes, en el que todos los valores de *Ariel* se conjugaron de manera justa, pues Reyes hizo lo que ni Rodó ni el mismo Henríquez Ureña, abrir los límites de la escritura en ética y estética para hablar al mismo tiempo de México, de América y del mundo, todo a través del ensayo.

Las páginas que Pedro escribió en *Estudios críticos* (1905) y en *Horas de estudio* (1910) son sorprendentes. Parecería que está describiendo a México y a la salud del mundo en el siglo XXI donde la clase política y sus políticas, donde la clase económica y su modelo y en donde la educación y su sistema han dejado de pensar, inexplicablemente, que sus esfuerzos deben ir encaminados a resolver los problemas de las personas.

PARECERÍA QUE ESTÁ DESCRIBIENDO A MÉXICO Y A LA SALUD DEL MUNDO EN EL SIGLO XXI DONDE LA CLASE POLÍTICA Y SUS POLÍTICAS, DONDE LA CLASE ECONÓMICA Y SU MODELO Y EN DONDE LA EDUCACIÓN Y SU SISTEMA HAN DEJADO DE PENSAR, INEXPLICABLEMENTE, QUE SUS ESFUERZOS DEBEN IR ENCAMINADOS A RESOLVER LOS PROBLEMAS DE LAS PERSONAS.

HAY ESCUELAS TÉCNICAS QUE SÓLO FUERON DISEÑADAS PARA QUE LOS INDIVIDUOS AL EGRESAR SE INCORPOREN AL MODELO PRODUCTIVO QUE EL MISMO ESTADO HA FIJADO EN CONDICIONES MISERABLES.

Casi ninguno de los políticos está hablando de qué harán por mejorar la calidad de vida de las personas. Pues la grilla y las mezquindades no son la real política.

El modelo neoliberal, con sus pros y sus contras, ha dejado sin oportunidades a millones, modelo aplicado por la élite que sólo piensa en sus propios beneficios. La conjunción de esta deshumanización ha eclipsado poco a poco a la misma educación en México. En *Los grandes problemas de México*, evaluación hecha por El Colmex, los especialistas aseguran que desde 1980, cuando se acepta el libre mercado como sistema económico a seguir, la educación media superior y superior han dejado de crecer en calidad y han aumentado en sus niveles de injusticia y discriminación hacia nuestros estudiantes.

Es decir, a pesar de que tenemos más adolescentes en escuelas y universidades, el nivel educativo de éstas no es igualitario. Hay escuelas técnicas que sólo fueron diseñadas para que los individuos al egresar se incorporen al modelo productivo que el mismo Estado ha fijado en condiciones miserables. Y esto si es que esos alumnos consiguen trabajo, porque la enseñanza no es igual para todos, pues los alumnos que tienen mayores recursos económicos estudiarán en las universidades con mejores planes de estudio, y serán ellos, y no los de bajos recursos, los que obtendrán trabajo de manera más rápida.

Pero la deshumanización no se queda ahí, sino que ha transitado hacia las universidades. Parece que todo ese humanismo que nos habían legado nuestros pensadores se ha diluido con los años. En las universidades públicas y privadas, y sobre todo en los campos de Ciencias Sociales o Humanismo, lo que menos se enseña es a ser humanistas, es decir, a pensar en el otro. Las teorías funcional-estructuralistas y teorías de juegos, el determinismo y la hiperespecialización

han encapsulado el conocimiento dentro de estas instituciones elaborando, en su mayoría, estudios abstractos casi siempre banales que en poco ayudan al individuo a entender la vida.

Como lo dice César Cansino en su ensayo *La muerte de la ciencia política*, las ciencias sociales están cooptadas por un grupo de maestros y estudiantes que sólo se entienden entre ellos; tenemos egresados que están siendo formados con el único propósito de ser burócratas, para interpretar números, establecer esquemas, redactar y editar notas cuadradas. Y no quiero decir que esto esté mal, pero los ámbitos de análisis y de estudio deben diversificarse y ampliar sus horizontes a todas las expresiones, porque la literatura, la música, el cine, la historia, la filosofía también son herramientas para entender lo que ocurre alrededor.

La evaluación hecha por algunos académicos universitarios es que los planes de estudio deben ser más plurales, y no someterse del todo a las disciplinas científicas y a los planes codificados; es decir, abrirse a otras disciplinas que motiven al pensamiento, al arte, a la expresión, pues sólo así se tendrá la capacidad de criticar, acto que le hace falta a esta ciudadanía para exigir sus derechos. Y si ese conocimiento no quiere salir de las instituciones, entonces habrá que sacarlo de ellas y crear otras más abiertas y dispuestas a ser compartidas a través del diálogo.

Al menos éste es uno de los deseos de varias personas, artistas y escritores, académicos y ciudadanos, y qué mejor manera que por la reminiscencia de nuestra larga tradición humanista, de nuestra misma historia de pensamiento hispanoamericano, para sabernos herederos de varias generaciones que se ocuparon en el bien pensar, ligado con el bien decir, actuar y escribir ideas llenas de sentido, y no sólo palabras huecas a las que nos han acostumbrado todo el tiempo. Si ya fuimos capaces de hacerlo hace 105 años, ¿por qué no pensar que podemos volver a hacerlo, construir de nueva cuenta el humanismo en nuestras vidas?

Ahora podemos ver con entusiasmo que hay varios grupos interesados en los temas sociales, muchos de ellos grupos de jóvenes universitarios. Sólo falta recuperar nuestra historia, platicar entre nosotros, y dar a conocer que en otros tiempos también luchamos por las libertades y la diversidad, por la caridad, por la democracia y la justicia. ∞